

estos adquirían al llegar ahí, Moncada señala a Mariano Riva Palacio, quien fue funcionario del Ayuntamiento (esto en los años de 1829 y 1830) y diputado en fechas posteriores, además de ministro del gobierno general y gobernador del Estado de México en varias ocasiones. Correspondencia analizada por Moncada hace ver el interés y medios que Riva Palacio tenía, como dueño de una hacienda cercana a la ciudad y productor de grano, para influir en el precio de este en la capital por la vía de retener su abasto y otras maniobras similares.

Las aportaciones de Moncada en el sentido de la historia socioeconómica, como lo son las continuas consideraciones que presenta sobre el poder adquisitivo de los consumidores en la ciudad, el grado de encarecimiento que sufrieron algunos de los productos tradicionalmente consumidos por ellos y la variedad en la oferta de estos, se ven completadas por una abundante información económétrica. Un lector poco versado o afecto a los tratamientos cuantitativos encontrará debidamente explicada y digerida la información numérica que Moncada ofrece y le permitirá formarse una idea general de los procesos sociales que acompañan la trayectoria de los fenómenos económicos abordados por la autora. Por cubrir tanto el aspecto numérico como cuestiones de tipo social, político y económico, el texto de Moncada puede ser leído con interés y provecho por un público amplio y no forzosamente enfascado en discusiones de detalle o en cuantificaciones.

José Enrique Covarrubias

*Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México,
México D. F., México*

Correo electrónico: jecv@unam.mx

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ehmcm.2015.09.003>

Carlos Illades, Mario Barbosa, coords., *Los trabajadores de la ciudad de México, 1860-1950. Textos en homenaje a Clara E. Lida*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa, 2013, 259 pp.

El libro es un homenaje a Clara E. Lida, historiadora social de El Colegio de México por los aportes sustantivos que ha hecho a la historia del anarquismo, el exilio español y las relaciones México y España. Los ocho autores de esta obra continúan con la perspectiva histórica y crítica de la Dra. Lida, al hacer visibles a actores olvidados o marginados en la historiografía mexicana y mostrar las complejidades de ellos. *Los trabajadores de la ciudad de México* va más allá de las investigaciones centradas en los obreros cualificados o semicualificados estudiados por la historia social, la antropología y la sociología del trabajo mexicano entre las décadas de 1970 y 1990, que desde una visión marxista o estructuralista resaltaban las características del mundo del trabajo, la cultura obrera y la cultura del trabajo.

Desde las historias social, cultural y urbana los ocho autores y la introducción de Carlos Illades nos presentan las diversas y cambiantes voces, miradas, prácticas y representaciones (visuales y textuales) de los y sobre los trabajadores. Asimismo nos puntualizan las cambiantes construcciones sociales de trabajo, calle y derechos laborales. A lo largo del libro los autores discuten y entrelazan las categorías teóricas de clase social, generación, etnidad, infancia, género, espacio, higiene y trabajo.

No solo analizan a los trabajadores en su lugar de trabajo, sino también en otros espacios, por ejemplo, Aréchiga Córdoba ilustra cómo trabajadores gestionaron, pidieron o demandaron habitar la ciudad; Sosenski, Gutiérrez y Gantús examinan cómo directores de cine, artistas y reporteros representaron a los niños que trabajaban en la calle en películas, fotografías, caricaturas, pinturas y en la prensa; Meneses rescata a las mujeres agentes del servicio secreto que realizaron investigaciones policías en las calles; Barbosa Cruz y Meneses investigan a secretarias y burócratas en general en oficinas gubernamentales.

Los autores recuperan a hombres, mujeres, niños y niñas como artesanos, trabajadores, empleados públicos, agentes que trabajaban del servicio secreto, voceadores, vendedores de boletos de lotería y migrantes españoles que laboraron en la ciudad de México. Por tanto, los autores de este libro colectivo

se enfocan en aquellos empleados que actuaron en el trabajo formal, informal, semiinformal y en la burocracia federal.

Con base en un amplio abanico de fuentes documentales como censos, caricaturas, fotografías, pinturas, películas, periódicos, solicitudes de naturalización, quejas, cartas, informes, debates periodísticos, actas de cabildo, debates parlamentarios, entre otros, los autores reconstruyen las diversas ocupaciones, sus características, condiciones de trabajo, su distribución espacial y la cantidad numérica de estos a lo largo de casi un siglo. Como bien lo señalan los autores, dadas las características de estos trabajadores y de su oficio, les fue muy difícil reconstituir las trayectorias laborales de los billeteiros, los niños voceadores de las calles, los españoles migrantes que se vieron fuertemente afectados por la Ley Federal del Trabajo de 1931, de los empleados públicos y de las mujeres en el servicio secreto.

Mario Barbosa sostiene que los empleados públicos no pueden categorizarse como un grupo monolítico a pesar de trabajar para el gobierno federal. Por el contrario, hubo y ha habido una gran diversidad de ocupaciones y condiciones de trabajo en la burocracia federal. Muchas veces los burócratas enfrentaron inseguridad laboral porque podían ser despedidos en cualquier momento, no siempre fueron atendidos ante enfermedades serias o no recibieron pensiones después de muchos años de servicio. Para contrarrestar la fuerza de sus quejas y demandas laborales, durante el auge de su sindicalización antes del cardenismo, el nuevo Estado mexicano prefirió concebirlos como «servidores leales», en vez de trabajadores. Como servidores públicos tuvieron un papel crucial en la estructura corporativa estatal y en las prácticas políticas clientelares del siglo xx mexicano.

Esta obra nos presenta una mirada de largo aliento que corrobora lo que la historia social del trabajo y del movimiento obrero en México ya había señalado sobre la politización de algunos trabajadores industriales y artesanos. Ahora en *Los trabajadores de la ciudad de México* los autores se enfocaron en hombres y mujeres artesanos, empleados públicos y trabajadores formales e informales, que en ciertas condiciones se movilizaron para protestar de manera colectiva por verse fuertemente afectados por políticas liberales del comercio en la década de 1860 (descritos por Teitelbaum) o por la falta de prestaciones laborales en la burocracia estatal en el siglo xx, como son los casos de los empleados públicos y los vendedores de billetes de lotería (examinados por Barbosa Cruz y Lorenzo Río).

Algunas de estas movilizaciones conllevaron intentos de huelga. Al igual que los trabajadores industriales y artesanos, los actores sociales de *Los trabajadores de la ciudad de México* enfrentaron altibajos en su organización y sindicalización. La obtención de sus prestaciones fue una lucha accidentada, por lo que las diversas quejas, demandas y peticiones laborales ilustran qué tan lento fue la construcción y la puesta en marcha de una política laboral y social en los siglos xix y xx.

A pesar de que *Los trabajadores de la ciudad de México* corrobora el difícil y largo camino que han enfrentado trabajadores para la obtención de derechos y justicia laboral que ya han señalado otros estudios, en esta obra los autores se apartan de los paradigmas marxistas y estructuralistas para incorporar el largo y cambiante proceso de modernización que provocó diferentes y desiguales cambios sociales en la capital del país. Las opiniones, prácticas y representaciones de los trabajadores, los autores las contrastan con las diversas voces de presidentes de la república, diputados, reporteros, directores de cine y representantes del Estado. Los discursos de todos estos actores sociales fueron multidimensionales y se dirigieron a diversas audiencias, pero no siempre dialogaron entre ellos.

Florencia Gutiérrez, Fausta Gantús y Susana Sosenski examinan las construcciones culturales del trabajo y las líneas móviles y borrosas entre trabajo y calle, donde se podía laboral y jugar como lo hicieron los voceadores de periódicos. Estas prácticas y representaciones se discutieron y construyeron en la prensa, en la gráfica (como la pintura, la fotografía, grabado y caricatura) y el cine. Estos excelentes capítulos ilustran muy bien cómo la cuestión social de la infancia a finales del siglo xix y en las décadas de 1940 y 1950 se entretejió con muchos prejuicios sociales, morales y católicos, dejándose de lado la discusión de los derechos civiles, laborales y sociales de los niños.

Meneses y Sosenski abordan las representaciones genéricas de clase social y de infancia. Meneses señala que las mujeres en la policía colaboraron en el servicio secreto recabando información policiaca porque ellas representaban a las madres protectoras, la decencia y la honestidad. Sin embargo, el ejercicio de su poder y su violencia solo lo podían realizar en la calle, no en el interior del hogar donde hubiera una figura masculina. Ahí se debía respetar el poder masculino y patriarcal. Por su parte Sosenski nos brinda un análisis fino de los matices de las representaciones del orden de género en 11 películas mexicanas que simbolizaron a los niños. A ellos se les vinculó con nociones

tradicionales de las funciones sociales de los hombres; en estos, los niños asumían roles sociales de «hombrecitos», proveedores y protectores de las madres abandonadas, víctimas o encarceladas. Sosenski puntualiza que cuando se personificó a las niñas en las películas de la década de 1950, ellas también reproducían las funciones tradicionales culturalmente asignadas a las mujeres en la esfera doméstica.

Los autores y los coordinadores de este libro hacen aportes significativos a la historia social del trabajo, de la ciudad y de la infancia de trabajadores poco estudiados. Por ello recomiendo ampliamente este libro para los interesados en estos campos de estudio.

María Teresa Fernández Aceves

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Occidente,
Guadalajara, Jalisco, México*

Correo electrónico: mfernandez@ciesas.edu.mx

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ehmcm.2015.09.004>

Ana Rosa Suárez Argüello, *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra, 1854-1861*, México, Instituto Mora, 2013, 411 pp., mp

La relación entre el Estado y los empresarios durante el siglo xix queda expuesta a través de la importancia estratégica del istmo de Tehuantepec y la materialización de un camino transoceánico en esa región de la República Mexicana, asuntos insertos en una lógica de incertidumbre y precariedad institucional que constituyen el tema de la obra titulada *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra, 1854-1861*.

Un primer aspecto que merece la atención es el enfoque bajo el cual está realizado el estudio. Tehuantepec ha sido objeto del análisis histórico antes, pero en los 10 capítulos que integran la investigación aquí reseñada confluyen la historia política, la diplomática, la de la empresa y la de los empresarios.

El aporte original que realiza Suárez Argüello es el explicar el papel de gran peso que ciertos actores informales jugaron en la diplomacia de entonces: los empresarios. La diplomacia entre México y los Estados Unidos estuvo lejos de ser conducida exclusivamente por los ministros, embajadores y cónsules. ¿Qué quiere decir lo anterior? Como muestra la autora, las redes empresariales alentaron y frenaron, en más de una ocasión, los acuerdos diplomáticos entre ambas naciones. La ruta que uniera el Océano Atlántico con el Pacífico a través del istmo oaxaqueño —«un sueño largamente acariciado», según explica la autora— materializó tanto los afanes del recién creado Ministerio de Fomento como el espíritu de empresa de mexicanos y estadounidenses asociados y, en más de una ocasión, enfrentados para construir el camino.

Desde el Tratado de La Mesilla hasta el frustrado McLane-Ocampo, clanes empresariales y arrojados sujetos a título individual intervinieron y muchas veces moldearon la diplomacia. Entre ellos se encontraron los hermanos Peter Amédée, Louis Eugene y Louis Stanislaus Hargous, Judah P. Benjamin, Albert G. Sloo, Francis de P. Falconnet, Jean Baptiste Jecker, Émile La Sère, Alexander Bellangé, José Joaquín Pesado, Ramón Olarte, Manuel Escandón, Cornelius Vanderbilt y muchos otros. Estos personajes le permiten advertir a la autora, primero, que la clase política constituye un actor en el horizonte de modernidad que se vislumbró para Tehuantepec, muchas veces al aprovechar la información privilegiada a la que tuvo acceso —Manuel Payno e Ignacio Comonfort serían un excelente ejemplo de lo anterior—; segundo, que son los empresarios, algunos con trayectorias en ambas esferas, los que ocuparon un lugar primordial en los acontecimientos, haciendo de la batalla por Tehuantepec un enfrentamiento feroz.

La Compañía Mixta-Tehuantepec Company, la Tehuantepec Railroad Company y la Louisiana Tehuantepec Company distinguieron un promisorio proyecto entre 1853 y 1861 para echar a andar el camino transoceánico y dar mayor realce a Nueva Orleans, frente al poderío hasta entonces